

EL "FANTASMA" DE MAJADAHONDA

Un anciano de Majadahonda relata la espeluznante leyenda: «Un hombre iba de noche en automóvil por la carretera de Majadahonda y se detuvo a recoger a una muchacha que hacía auto-stop. La joven le pidió que la llevase a Madrid, subió al coche y se acomodó en el asiento trasero. El automóvil reemprendió la marcha por un tramo sinuoso y al llegar a una curva pronunciada la muchacha rogó al conductor que disminuyera la velocidad, le advirtió que tuviera cuidado porque aquella era una curva peligrosa. El conductor la tomó prudentemente y cuando volvió la cabeza para decir alguna cosa a su pasajera se dio cuenta, con asombro, de que ya no se hallaba en el coche: se había evaporado.

«EL hombre optó por hacer una denuncia en un cuartel de la Guardia Civil que había en las inmediaciones. En el cuartel le enseñaron la fotografía de una dama y el hombre, pasmado, la reconoció al instante: «¡Es ella! ¡Estoy seguro!».

«Es un caso extraño, pero no es usted el primero que le ocurre —le dijeron—. Ya ha venido otra gente a denunciar lo mismo. Esta chica murió hace tres años, en esa curva de la carretera de Majadahonda donde suele aparecerse y desaparecer como por arte de magia.»

En Majadahonda y sus alrededores el tema ha dado, por lo menos, para alimentar cuantas charlas trascendentales ha habido en las tabernas en los últimos diez años. Porque ésa es la edad de las apariciones, que estos días se han vuelto a suceder (ha habido recientemente tres nuevos casos, según cuentan quienes los han contado). La historia —¿mito o realidad?— corre de boca en boca adoptando, según sus intérpretes, variantes más o menos ligeras. Unos te dirán que *Eloísa* —porque todos coinciden, al menos, en que la dama fantasma es una tal *Eloísa*— murió en la carretera de Majadahonda al volcar su automóvil; otros te dirán que ha muerto en la carretera de Villafranca del Pardillo al ser atropellada por un camión cuando viajaba en bicicleta; algunos te asegurarán que la mujer es rubia y lleva un vestido blanco fantasmal; otros te convencerán de que es morena y de que viste de negro espiritual.

Si preguntas por datos más concretos en el Ayuntamiento de Pozuelo, un policía municipal te responderá cortésmente que él conoce la historia, pero que te pueden dar informes más exactos en la Comisaría de la Policía Nacional, que está a tres calles de

allí; en la Comisaría te dirán que han oído la historia, pero que el que la conoce al dedillo es Juan Manuel, el camarero de un «pub» que está a la vuelta de la esquina; y en el «pub», el camarero te dirá que ha oído la historia de labios de un parroquiano desconocido.

Puesto que parece mucho más difícil hallar a un testigo directo del suceso que al propio fantasma, ByN optó por salir a cazar a Eloísa hace un par de noches.

LA CACERIA

—Apuesto mil pesetas a que cazamos a ese fantasma —dijo el fotógrafo Sánchez Martínez, que no creía en los fantasmas.

—Yo apuesto mil a que no —repliqué, aun creyendo en ellos. Mas si hubiese conocido entonces el desenlace de nuestra pequeña aventura nocturna, juro que habría evitado aquella apuesta.

Una semana antes, un conocido hombre de radio, Antonio José Alés, había organizado una verdadera cacería del fantasma, a la que asistieron un centenar de oyentes de su programa «Medianoche».

Antonio José Alés —a quien, por cierto, el fantasma le dio plantón aquella noche— ha expuesto una teoría que explica las periódicas apariciones del fantasma. Alés sostiene que la mujer sufrió un accidente en esa curva cuando viajaba en automóvil en dirección a Madrid. El fantasma de la joven, que cree que no ha muerto, cobra vida en algún sitio de la carretera y hace «auto-stop» porque pretende llegar al punto de destino donde se dirigía cuando ocurrió el accidente. Generalmente consigue que un automovilista la levante, pero al llegar a aquella curva, su cuerpo se volatiliza. No pue-

de ir más allá del lugar donde murió.

El fotógrafo Sánchez Martínez y yo, pues, decidimos repetir los dos solos la experiencia de Alés. Partimos a medianoche rumbo a la carretera de Majadahonda.

Detuvimos el coche en la curva de los subnormales y aguardamos...

A las cuatro de la madrugada no había aparecido fantasma alguno ni cosa vestida de blanco que se le pareciese. Sánchez Martínez emprendió un último paseo en automóvil y, descontento, decidió regresar a Madrid.

—No hemos encontrado a la mujer —dije—. Supongo que he ganado la apuesta.

—Todavía no —replicó el fotógrafo sonriendo misteriosamente—. ¡Mira! —señalaba hacia adelante, hacia una silueta que se recortaba, difusa, a un lado de la carretera y que pronto tomó la forma de una mujer haciendo «auto-stop».

ELOISA

—Voy hacia Madrid —dijo—. ¿Van ustedes hacia allí?... Tengo prisa por llegar, ¿podrían llevarme?

El fotógrafo y yo cambiamos una rápida mirada aprensiva y la invitamos a subir al coche.

—Por favor, les ruego que vayan despacio por este camino... Hay curvas muy peligrosas —dijo con voz temblorosa la joven, que debería rondar los veinticinco años y vestía un jersey blanco de cuello alto y un par de «jeans». Tenía el cabello negro y largo, y los ojos extraviados, siempre en algún punto determinado de la larga y negra noche. En seguida añadió: Me ha entrado cierto temor a esta carretera desde cuando sufrí un accidente por aquí cerca, hace algunos años.

—(¡Glup!) Perdón..., ¿cómo se llama usted?

